

Maruja Torres

Diez veces siete

Una chica de barrio nunca se rinde



Maruja Torres



Diez veces siete

Una chica de barrio nunca se rinde

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91702 19 70 / 93 272 04 47

© Maruja Torres, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2014
Depósito legal: B. 7.502-2014
ISBN: 978-84-08-12632-4
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Rotapapel
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

I

En pie al otro lado de la calle, de cara al que, en mi recuerdo, siempre perdurará como el edificio del diario *El País*, cualquiera que sea el rótulo que le pongan los nuevos propietarios. En pie —y lo recalco: todavía en pie—, mientras espero el taxi que me alejará de aquí para siempre. Ahí, ahora, entonces, un pensamiento idiota cruza mi frente.

De haber sabido que la mía iba a ser una vida medianamente interesante, habría llevado un diario.

Cuadernos que, con el relato de hechos puntuales, en caracteres apretados —no se desaprovecha papel, en un diario—, ayudan a recordar quién se era en el momento en que algo que parecía relevante quedó fijado en sus páginas. No te engaña, un diario. Puedes haber cambiado, pero la caligrafía de entonces devuelve tu antigua imagen en el espejo. Porque la letra es lo que somos, es la epidermis del espíritu —del ánimo, del impulso—, y también su-

fre modificaciones con los años. Al igual que el rostro, el cuerpo. La letra se precipita, tiñéndose de urgencia, avara de los días.

El tiempo, usurpador hasta del tópico del tiempo que pasa. Nada se le resiste, como sabéis, si sois lo bastante mayores. Como sabréis, si tenéis la suerte de llegar a serlo.

Contra el tiempo y sus derrotas, y muy consciente de que nunca podré ganarle un pulso: memoria. He pensado mucho en ello últimamente. Un diario me habría resultado de gran ayuda.

Avanza la vejez, y se acumulan las preguntas. Buena señal. Desconfiad de quien siempre tiene a punto respuestas. Yo nunca dejaré de preguntar, de preguntarme, mientras me quede salud mental, por mayor que sea. «No hables de ti como de una vieja», me riñe una de mis mejores amigas. «No te veo vieja, no lo eres», insiste. Pero ese es, precisamente, el gran interrogante que me propongo plantearme, a sabiendas de que no lo voy a resolver. ¿Sabré ser una buena vieja? Que no es lo mismo que una vieja buena, algo que ni remotamente soy, ni pretendo ser. Positivamente, no lo soy ni nunca lo seré. Porque las chicas malas, cuando son viejas, también van a todas partes, aunque sea en silla de ruedas, querida Mae West. Vieja, vieja, vieja. Lo repito a menudo. No me asustas, palabra. No me asustas, edad. Me asusta huir de vosotras.

La mala leche, la indignación me mantienen en ascuas. También el dolor por lo que nunca me será ajeno. Y la ilusión por lo nuevo o lo bueno que me traiga el día. Quiero morir así. Curiosa. Viva.

La memoria me remueve y me atiza. Aunque nunca escribí un diario. Salvo en la adolescencia, cuando adolecía de casi todo y me enamoraba —varias veces al mes: del camarero, del colchonero, del farmacéutico, de un primo o dos— y, en una gruesa libreta con tapas de hule negro, pergeñaba una amalgama de párrafos de novela rosa y de torpes relatos verdes que creía originales, aliñados con escenas de erotismo camuflado, sorbidas del cine de los sábados, y con besos, los de mis labios huérfanos, que estampaba en el papel después de pintarlos con el carmín grasiento propio de la época —hablo de 1954, 1955: a mis mercuriales once o doce años—, robado a una de las mujeres de la casa. Escondía el diario, lo escondía de ellas, que siempre fisgaban, siempre vigilaban. Eran como los curas a quienes se confesaban, que las espiaban a su vez y que, a través de ellas, de sus cuentos, fiscalizaban y reprimían a las familias. Interiorizando la falsa virtud en el confesionario, las mujeres de casa desarrollaban también el hábito de la hipocresía. Volvían del cura resplandecientes de rectitud. Y listas para imponerla, usando cuanta mendacidad fuera necesaria.

Pobres pero decentes y de derechas, era su lema. No perdonaban.

Vivíamos en un barrio, el Chino —que con la democracia recuperó su nombre auténtico: Raval—, enclavado en la parte más cercana al mar de lo que entonces se consideraba Distrito V y hoy pertenece a Ciutat Vella, en la orilla de las Ramblas que se extendía hasta Montjuic. Si hoy lo recuerdo y me hago trampa aérea, esto es, si me convierto en un pájaro que sobrevuela mi niñez, distingo un territorio abigarrado, en una oscuridad apenas aliviada por la cercanía del puerto. Ahí abajo, en habitaciones pequeñas con luces verdosas y camas revueltas, con un bidé en la esquina, trajinan sus quehaceres las putas que no solo trabajan, sino que viven en el Barrio. En otras habitaciones aglomeradas, hundidas en edificios que los propietarios nunca visitan, aunque mandan a cobrar a sus administradores, se esfuerzan también mujeres que tienen a gala ser decentes. Cuando se es pobre y se vive en la ignorancia y el miedo, lo más fácil es trazar la línea divisoria que hace que nos sintamos mejores. Las putas y nosotras, las honradas.

Todas se dedicaban a lo mismo. Luchar por la vida.

Me las arreglaba para hablar con las putas, para conocerlas. Desde que era muy pequeña. El arte de la desobediencia se aprende pronto. Puede apren-

derse tarde, también. Entonces lamentas lo que te has perdido.

Memoria para tener conciencia, aunque duela. Sobre todo, si duele. Algo habrá hecho, el pasado, para que el presente nos devuelva la cínica versión del ayer que ahora sufrimos, acosados por la autoridad y por nuestro propio desconcierto. Esta pantomima siniestra pretende vender como lo más moderno la antigua explotación de los de abajo por los de arriba y la voluntad de meternos en vereda. Dickens más Mad Max más Concilio de Trento. Moral, moralina, moraleja: cuántos crímenes se cometen en vuestro nombre.

Maldita sea esta época de capitalismo *gore* y de obispos que salen de sus criptas arrastrando las faldas. Me obliga a recordar con excesivo realismo, sin adornos, aquella otra de miseria, curas, control, mentiras, injusticia. Han vuelto los vigilantes de las costumbres y del alivio del luto económico de los pobres. Parece ser que, durante unos años, lo pasamos demasiado bien y tuvimos demasiado de todo. Blindados en trajes clásicos, los guardianes se han sacudido la naftalina y ocupan la proa de un Titanic en el que todos los botes son suyos. Nosotros: hay que huir, reagruparse, dar la cara. Montados en un Neptuno justiciero enarbolando un tridente.

Desde niña me escapaba por dentro, utilizando

sueños románticos y reparadores: «Alguien vendrá y me rescatará. Aparecerá un elegante extranjero y se me llevará lejos», me decía. Desde niña mi imaginación, que siempre fue más osada que mis sensiblerías de adolecida, y que tenía en gran estima a Dickens, especialmente a su *Oliver Twist*, brincaba por su cuenta: «Vendrá un extranjero, un hombre poderoso, con una casa grande, limpia, sin bultos oscuros —pertrechos de miserables, muestras de tela, cuerdas, cacharros mugrientos, restos, absurdas sobras que no podemos tirar, porque nunca se sabe— cubiertos con mantas baratas en los rincones. Tendrá una casa soleada, en cuyos balcones la ropa no tardará en secarse, una casa llena de libros, a la que me conducirá, triunfante y en un auto descapotable, después de confesar públicamente que es mi verdadero padre, sacándome de aquí para siempre, colmándome de amor. Y me dará estudios».

De aquellos aquí y ahora, tan distintos de los sueños que tuve, voy a hablar en este libro, aunque no solo de eso. Porque el aquí y el ahora de hoy precisan del ayer, pero más todavía les conviene dotarse de sentido, y eso lo hago revisando el camino que dista entre un punto y otro de mi biografía. Entre lo que casi fue el principio y, aparentemente, todavía no es el fin. Aunque nunca se sabe.

Pensemos que la vida es un libro: cuando lo lee-

mos para atrás se nos desencuaderna. Hay hojas que echan a volar y, aunque corramos velozmente, no alcanzamos a atraparlas. Pueden ser buenas o malas hojas, y su ausencia, más que una tragedia, resulta curativa. Es importante recordar con justicia, pero sin rencor, porque el rencor corroe a quien lo alberga, se le come las vísceras. Así que, con suerte, aprietas las hojas que consigues reunir y, si tienes tiempo y ganas, haces con ellas un paquete, sin importarte el orden, y lo atas con una cinta.

Si tuviera que elegir un color para una cinta que ciñera este libro de la memoria, que empiezo con cierto desorden y no menos miedo a lo que hallaré en adelante, me decidiría por el arcoíris. Hace tiempo que sé que es el que más me gusta, porque ahí estamos todos, excepto los siniestros. Los siniestros se encuentran por doquier, ¿por qué demonios han de meterse también en la cinta que sujeta las páginas de mi vida?

Pero pasaron por ella. Y siguen pasando.

Lo fundamental, lo fundacional, no vuela ni se escabulle. Es el poso sobre el que podemos caminar erguidos, y con la dignidad entablillando el tronco.

No me atrevía a escribir mis sueños de huida —que eran mi razón de vivir— en aquel fugaz cuaderno rebosante de fantasías, de sudores y de restos de mi niñez abandonada como un trapo, en el

que reproducía con burda narrativa escenas de pasión —Dalila seduciendo a Victor Mature, o Salomé-Rita Hayworth quitándose los velos: Cecil B. de Mille me calentaba mucho—, y que releía a escondidas por la noche, en el retrete, matándome a pajas de cría desgraciada antes de irme a dormir con mi madre, en el mismo camastro las dos, entre paredes manchadas de humedad y desidia. Sus ásperos pies junto a mi cabeza —mi madre me tuvo a los 38 años; en la década de los 50, y en aquella época de entrega social al Concilio Ecuménico y a los dictados del nacional catolicismo, era vieja por dentro y por fuera—, y los míos, intentando separarse de la suya. Mis manos bien quietas, asomando por el embozo como prueba de castidad, y la cabeza y medio torso sobre un cojín alto para mitigar el ronquido de mis bronquios enfermos, pronto superado por los resoplidos de la señora Lola.

Mucho ojo con la señora Lola, que es de armas tomar y, como note un movimiento lujurioso en la zona intermedia del lecho, puede despertar con sus gritos a toda la calle de Santa Margarita, la de la Unión y hasta a quienes tienen la suerte de vivir al otro lado de las Ramblas, ennoblecidos por la cercanía del Barrio Gótico, lejos del tufo a meadas, a coladas de humedad sempiterna y a comida rancia de esta orilla del paseo, el Barrio Chino. Nosotras vivimos en donde habita la gente que está debajo

de la gente, pero hay quien lo tiene peor: en el Somorrostro, en las barracas. Esos están debajo de nosotros, según mi madre —aunque no se atreve a afirmar que no sean decentes ellos también—, y yo no me debería quejar, al fin y al cabo la familia nos ha recogido, no seas desagradecida. Has salido a tu padre, se desgañita Lola cuando olisquea mi rebeldía.

En mi infancia y pubertad todo se resolvía a gritos o a hostias. Con chorreos de lamentaciones, o arrastrándome por el pasillo agarrada por los pelos. «Debería haberte ahogado al nacer, en una palangana, qué he hecho para merecer una hija así, clavada al Paisano», decía, refiriéndose al inseminador no accidental, Francisco, mi padre. Lo de la palangana era un detalle realista que me daba en qué pensar: ni siquiera para desaparecer de este mundo habría tenido la opción de ser sumergida en una bañera, en un buen cuarto de baño. Y la de deshacerse de mí en el retrete que, en la época, solía hallarse en el balcón de los pisos de los pobres —*la comuna*, lo llamábamos— era una imagen que nunca se le ocurrió evocar a la señora Lola.

No era una mala mujer, mi madre. Era algo peor. Para todos, empezando por sí misma: una mujer sufrida, una víctima asumida, y gustosamente consumida. Ida, ida, ida. De la lucha por la felicidad. De la sexualidad. De cualquier goce que no pasara por la

destrucción de la dicha de otros. Se desahogaba conmigo porque su hija era lo único que tenía debajo. Por encima de mí, el mundo la aplastaba. Tardé años, varias temporadas en análisis y la escritura de una novela en comprenderla, en pechar con ese vacío que deja tener que perdonar a quien nunca pudo hacer nada, ni se le ocurrió hacerlo, para evitar que su amargura chorreara de su falda mientras se le secaban el cuerpo, el alma y las perspectivas.

Le estoy agradecida, a Lola. A su ejemplo le debo haber huido de la resignación y de la sumisión. Así como mi necesidad de estar junto a los otros, de insertarme en mi clase social y mi época, que es siempre la época en la que estoy viviendo. Ayer y hoy, mientras dure. Hice exactamente lo contrario de lo que mi madre quería de mí. Sin ella, que pretendía convertirme en una individualista rumiante, no lo habría conseguido. Me quería siguiendo sus pasos, aceptando lo que le echaban, bajando la cabeza. Me declararé en instintiva rebeldía, y le agradezco que, al mostrarme el camino contrario, me marcara de forma indeleble, preparándome para la fuga y en el plante.

He escrito *clase social*, y os preguntaréis qué significa esta definición para mí. Es muy sencillo: la gente que cree que nunca hay que ceder ni un centímetro en las libertades, que hay que conquistar más, y que no traiciona sus orígenes. O que los traiciona

precisamente porque quiere que las libertades sean para todos. Habría que ponerse de acuerdo sobre qué significa *orígenes*. Lo sabéis de sobra. Uno puede nacer en sábanas de seda bordadas por criadas y saltar luego hasta llegar a lo más alto, que es lo contrario del lugar en donde nació: la igualdad de derechos y el reparto justo. Los orígenes son aquel estado de solidaridad que nunca debimos abandonar, o al que siempre debemos aspirar. Los orígenes: significa ponerse en pie y darse la mano. La buena sangre. Llamadme boba, pero a mis 70 años creo que luchar por ello sigue siendo posible. Formo parte de ese grupo que pretende dejar mejorado el mundo al que asomó. No se consigue casi nunca. Es el camino lo que vale la pena. El camino.

Pensé mucho en mi infancia, durante la tarde de primavera agrisada que me propongo reseñar de inmediato. Y en cómo me reinventé siempre que fue necesario. Aproximadamente, cada siete años.

Meses después de lo que llamé *la escena del sofá*, que tuvo lugar en la tercera planta del edificio de *El País*, recurro, para reproducir lo ocurrido aquella tarde, a la memoria de la piel, que aún me asiste, y en la que confío. La piel se expande al tacto de la felicidad, y se encoge, erizada, cuando aparece el miedo, como si quisiera convertirse en invisible para

protegerse de los aires ponzoñosos. La piel reacciona sin ambages ante la injusticia. La piel también recuerda.

Así pues, miércoles, 16 de mayo de 2013. No son aún las seis de una tarde ventosa, fría, racheada de lluvia sucia. La climatología parece retroceder al invierno. Desde la acera de enfrente, mientras aguardo el taxi que me alejará para siempre del número 40 de la calle Miguel Yuste, el edificio en el que desbrocé muchas horas, y del que salí y entré con el mundo como meta, un reportaje tras otro, me parece desangelado y distante. Triste recuerdo de penas. No se me borra esa foto previa al ERE dictaminado en noviembre de 2012, la última imagen de la redacción en pleno: juntos, en la entrada, antes de conocerse la lista con los nombres de los sentenciados; la reprodujeron las redes sociales, está en Facebook, como un pescado muerto. La construcción, maciza y hosca, aparece vacía de aquel entusiasmo de antaño, del que fui testigo y parte, que aligeraba su abrumadora apariencia. *El búnker*, como lo llamábamos porque lo diseñaron para protegernos de atentados en los tiempos de la Transición, se convierte hoy, a mis ojos, en una construcción refractaria, que expulsa. Como el propio diario, como este país, al que *El País* quiso representar, sin saber por entonces que su reflejo iba a acabar siendo tan perfecto.